

El mundo en que vivimos

Después del desastre

Josep Fontana

Historiador

27 junio 2016

(Traducción de Jordi Domènech)

Que acabaríamos teniendo un gobierno dirigido por el PP, sea cual fuese el resultado de las elecciones, estaba cantado. En las circunstancias económicas actuales, complicadas además por las posibles consecuencias del Brexit para los bancos y empresas con inversiones considerables en Gran Bretaña, estaba claro que eso que llamamos discretamente "Ibex35", por no utilizar viejas fórmulas como "el poder del dinero", no podía consentir otra cosa.

Su capacidad para dictar reglas a los políticos tiene dos vías distintas: una, la dependencia de los créditos con que los partidos pagan sus campañas electorales; la segunda, más poderosa, la contención que ejercen personalmente sobre los políticos a cuenta de la "puerta giratoria" que les aguarda al final de su labor, sea como consejeros de empresa, o como asesores.

Porque, seamos sinceros, ¿os imagináis a la mayor parte de nuestros políticos viviendo honradamente de su trabajo después de retirarse del escenario? Yo conocí el caso de un político que lo hizo, el de Ernest Lluch, que después de dejar el Ministerio de Sanidad rechazó los cargos que le ofrecían empresas farmacéuticas que esperaban beneficiarse de sus "influencias", y optó por vivir modestamente como profesor universitario. Pero Ernest ha sido una excepción que sirve para ilustrar la miseria general.

Era seguro, por lo tanto, que no habría gobierno de izquierdas, fuesen cuales fueran los resultados de los dos partidos que se atribuyen esta denominación, porque no sería posible acomodarles a pactar, tal como ya había avisado Felipe González. Pero buena parte del problema lo ha resuelto el electorado español, al dar un apoyo reforzado a Rajoy y al PP, lo cual hará más fáciles las renunciaciones necesarias para facilitar que gobiernen.

¿Eran conscientes de lo que hacían quienes han votado al PP? No estoy seguro de que fueran conscientes de que su voto supone que aprueban el que sigan produciéndose ca-

sos de corrupción como el de Acuamed, interferencias ilegales de la policía como las que ha practicado el ministro del Interior, etc.

Que aprueban que se extienda y consolide la política económica que propone el director del Banco de España de abaratar el despido y bajar los salarios, de acuerdo con las demandas de los grupos empresariales que exigen más "reformas laborales".

Que aceptan que prosiga la política de privatizaciones y recortes de los servicios sociales que se agravará cuando toque pagar las sanciones que la Unión Europea ha impuesto al PP por su alegre política económica preelectoral (y que la propia Unión ha aceptado retrasar para no perjudicarles frente a los votantes). Y tantas cosas más.

Se darán cuenta de lo que han hecho de aquí a unos meses, cuando la realidad comience a pasarles la factura de lo que han aprobado y descubran que, de acuerdo con las reglas de juego, no pueden hacer nada para cambiar las cosas hasta dentro de cuatro años.

O quizá sí, como muestra la dura oposición de los franceses a la reforma laboral de su gobierno (¡socialista!) o la forma en que los trabajadores pobres y la gente de los pueblos y del medio rural se han cargado en Gran Bretaña la palinodia organizada por las élites de Londres. Sospecho que vamos a tener unos cuatro años —si es que el sistema aguanta— duros pero movidos.

Otra vez, ¡por favor!, pensad mejor las cosas antes de ir a votar.

Fuente original:

"Después del desastre", *La Lamentable*, 27 junio 2016

<http://lamentable.org/despres-del-desastre/>